

El modo de acumulación de capital en Argentina (1989 – 2015)

Adrián Piva*

RESUMEN: En este artículo intentamos analizar las características y transformaciones del modo de acumulación en Argentina entre 1989 y 2015 desde la perspectiva de los modos históricos de producción de la separación –y consiguientemente de la relación– entre estado y acumulación. Al mismo tiempo, hemos buscado restituir la unidad de esos procesos locales con los procesos de acumulación y reestructuración a escala mundial. Desde una perspectiva tal, la comprensión de las transformaciones del modo de acumulación requiere del análisis de las transformaciones en las relaciones de fuerza entre las clases y de los modos de subordinación resultantes así como de las relaciones con el mercado mundial que se establecen a través de ellos. Por esa razón 1989 y 2001 constituyen momentos centrales de la explicación.

Palabras claves: modo de acumulación, Estado, Argentina.

ABSTRACT: In this paper we try to analyze the characteristics and transformations of the mode of accumulation in Argentina between 1989 and 2015 from the perspective of the historical modes of production of the separation -and consequently of the relation- between state and accumulation. At the same time, we have sought to restore the unity of these local processes with the global processes of accumulation and restructuring. From this view, understanding the transformations of the mode of accumulation requires the analysis of the changes in the relations of force between the classes and in the resulting modes of subordination as well as the relations with the world market that are established through them. For that reason 1989 and 2001 are central moments of the explanation.

Keywords: mode of accumulation, state, Argentina

1. Introducción

El estudio de las características de la acumulación de capital en la Argentina tiene una larga tradición y ha ocupado un lugar central en los análisis de la economía heterodoxa, el marxismo y la sociología desde los años '60. Sin embargo, la variedad de términos utilizados para designar el objeto y su concepto (modelo económico; modo, patrón o régimen de acumulación, etc.) son indicativos de la heterogeneidad de perspectivas involucradas (Bonnet y Míguez, 2017). Cualquier estudio sobre el problema debe iniciarse, entonces, con una explicitación de la perspectiva de análisis.

Durante los años '60 y los primeros '70 la discusión estuvo centrada en torno a la dinámica del ciclo económico y fue hegemonizada por el estructuralismo económico. El concepto alrededor del cual se articularon los debates fue el de “modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI)” de inspiración cepalina (Prebisch, 1964). La dinámica de acumulación y crisis de la ISI en Argentina fue formalizada en modelos macroeconómicos de dos sectores: un sector primario orientado a la exportación que trabaja con productividades similares o superiores a las internacionales y un sector industrial orientado al mercado interno y dependiente de la importación que trabaja con productividades considerablemente inferiores a las internacionales. De dichos modelos se deduce una restricción externa al crecimiento originada en una dinámica de crecimiento desequilibrado que tiende a producir crisis de balanza de pagos (Braun y Joy, 1981; Diamand, 1972; Canitrot, 1975). Los diversos modelos construidos sobre dichos supuestos tenían una orientación explicativa común. Las causas de la dinámica de acumulación y crisis eran de carácter estructural, la explicación se desarrollaba a nivel macroeconómico y, aunque el espacio de referencia era nacional, las particularidades de la acumulación a nivel nacional se insertaban -y cobraban significado- en el marco de una conceptualización de la economía mundial (teoría de la CEPAL, teoría de la dependencia, teoría del imperialismo, etc.). El debate se articulaba en torno a la pregunta por las posibilidades, límites y condiciones de un desarrollo capitalista autónomo. En ese contexto, el Estado era considerado exterior al proceso económico y sus posibilidades de superar los límites al desarrollo –variables según los diferentes enfoques- estaban estructuralmente determinadas.

Después de la dictadura militar el estudio de las características de la acumulación capitalista en Argentina fue hegemonizado por perspectivas que para su conceptualización otorgan un lugar central al análisis de los comportamientos empresarios. Dichas perspectivas no excluyen el análisis macroeconómico, y suelen articular modelos –en los que los *sets* de políticas económicas tienen un lugar determinante- y comportamientos al modo en que es usual en enfoques heterodoxos, especialmente los keynesianos, los neoschumpeterianos o los institucionalistas. Este es el caso, por ejemplo, de dos de los principales trabajos sobre la dinámica de la acumulación y las crisis desde 1976, los de Eduardo Basualdo (2006) y Jorge Schvarzer (2000), quienes más allá de sus importantes diferencias y especificidades otorgan un lugar central en sus explicaciones a la existencia de comportamientos empresarios de carácter especulativo o rentista. La tipificación de esos comportamientos es el punto

de partida para la determinación de ciertos patrones de acumulación de capital. El Estado – en particular su política económica – vuelve aquí a aparecer como exterior al proceso de acumulación en una relación que admite importantes variaciones. Si, por un lado, el patrón de acumulación determinado por los comportamientos de la elite empresaria impone restricciones a la intervención del Estado, por otro lado, las capacidades del Estado para regular el proceso de acumulación y el sentido de esa regulación dependen de su autonomía de la elite empresaria y del set de políticas económicas implementado. Este desplazamiento teórico-metodológico desde el estudio de la acumulación a partir de la determinación de propiedades estructurales hacia su estudio a partir de la identificación de patrones de comportamiento empresario ha sido tan significativo como poco reflexionado. A su vez, en contraste con la creciente internacionalización del capital desde mediados de los años '70, los enfoques se han vuelto más nacional centrados y los análisis prescinden de referencias a una teoría de la economía mundial. Una perspectiva tal tiende a otorgar mayores potencialidades de regulación al estado nacional y, por lo tanto, un mayor peso explicativo a las relaciones de fuerza sociales en la actualización de dicha potencialidad. Podríamos decir que si los trabajos de los '60 y los primeros '70 tendían a tener un sesgo economicista¹ los trabajos posteriores a la restauración democrática tendieron a tener un sesgo politicista.

En el marxismo el problema de la determinación espacio-temporal de la acumulación de capital ha estado asociado a la cuestión de las categorías intermedias. Marx presenta en el tomo I de *El Capital* el concepto de acumulación capitalista a la que define como el proceso de transformación de plusvalor en capital adicional o plus capital. A su vez, la acumulación, en cuanto proceso de reproducción ampliada del capital, sólo se desenvuelve como unidad determinada de producción y circulación, o proceso global de producción capitalista (Marx, 1998). Tal formulación es de un alto nivel de abstracción y, como tal, común a toda sociedad capitalista. Sin embargo, en distintos períodos históricos y/o en diferentes formaciones sociales, la dinámica de la acumulación adquiere características específicas. Es esta especificidad la que intenta ser conceptualizada bajo la “categoría intermedia” de modo de acumulación. La estructuración de formas específicas de la acumulación de capital ha estado entrelazada, en primer lugar, con una teoría de las etapas o fases del capitalismo. Bernstein fue el primero en señalar la necesidad de reconsiderar las leyes de funcionamiento y desarrollo del capitalismo a la luz de las transformaciones acontecidas a fines del siglo XIX (Bernstein, 1980). Hilferding, Rosa Luxemburgo, Bujarin y Lenin plantearon, cada uno de ellos a su modo, la tesis de una nueva etapa del capitalismo, cuya expresión más aceptada fue la tesis leninista de la fase imperialista (Hilferding, 1985; Luxemburgo, 1968; Bujarin, 1984; Lenin, 1974). La teoría de Mandel de las ondas largas del desarrollo capitalista y su noción de “capitalismo tardío” pueden ser incluidas en esta lista de teorías de las etapas del capitalismo (Mandel, 1979 y 1980). Si bien todos estos planteos suponen o tratan transformaciones profundas en las formas históricas de la acumulación, fue la “escuela de la regulación” la que trató de manera más sistemática su conceptualización. Para los regulacionistas, un régimen de acumulación se define por una articulación específica entre producción y consumo y, según las primeras formulaciones de Aglietta, tenía como un

rasgo central la forma predominante de producción de plusvalor, absoluta o relativa. Sin embargo, la acumulación de capital para los regulacionistas genera distintos tipos de desequilibrios –desproporción entre los departamentos I y II de producción de mercancías, estrangulamiento de ganancias por aumentos de salarios, caída de la tasa de ganancia por incremento de la composición orgánica– por lo cual toda articulación específica entre producción y consumo sólo puede funcionar durante un período más o menos prolongado si existen regulaciones institucionales que otorguen cierta coherencia al régimen de acumulación (Aglietta, 1986; Boyer, 1989). Posteriormente, el enfoque devino más definidamente institucionalista e incorporó nuevas dimensiones que permitían determinar formas más concretas de la acumulación de capital. En EEUU la escuela del marco social de la acumulación desarrolló en paralelo desde los años '70 un camino similar. La acumulación no sería determinada sólo por la tasa de ganancia sino que incidirían factores institucionales como la organización del mercado laboral, la configuración y estabilidad de las instituciones del estado, etc. (Bowles y Edwards, 1990). Sin embargo, el enfoque regulacionista – y esta crítica es extensible a la escuela del marco social de la acumulación – presenta límites derivados de la forma en que conciben la relación entre acumulación y Estado. Por un lado, ven la relación entre formas institucionales (y el Estado no es una forma institucional más, sino la que articula al conjunto de las formas institucionales) y régimen de acumulación como una relación entre instancias exteriores. Por otro lado, entienden esa relación exterior de modo típico ideal, como una relación de correspondencia, y cualquier desfase se interpreta necesariamente como un desvío. La conclusión es – contrariamente a las intenciones de los autores – una simplificación de las relaciones entre economía y política.

Más cercanos a nuestro planteo, Bob Jessop y particularmente Joachim Hirsch incluyen la relación entre Estado y acumulación en la problemática de la producción de la separación entre economía y política. Desde una perspectiva tal la separación entre estado y acumulación es una condición necesaria para la reproducción del capital pero que debe ser ella misma (re)producida. Por lo tanto, su particularización como momentos diferenciados de la reproducción de la relación de capital es problematizada y no presupuesta. Ello implica que la cuestión de las características de la acumulación – si bien analíticamente distinguible – es inscrita en una perspectiva de totalidad y adquiere su significado en el marco de los diferentes modos históricos de producción de la separación entre economía y política. Es por ello que en Jessop la noción de “estrategia de acumulación” sólo es adecuadamente comprendida a través de su relación con la de “proyecto hegemónico” (Jessop, 1990), lo mismo que ocurre con los conceptos de “modo de acumulación” y “estructura hegemónica” de Joachim Hirsch (Hirsch, 1992). Pero Jessop termina por restituir el dominio de las estructuras y por otorgar un papel subordinado a la lucha de clases. El caso de Hirsch es diferente. La objetividad del proceso de acumulación no es otra cosa que el producto del carácter fetichista de las relaciones capitalistas, pero la tendencia a la crisis inherente a la acumulación de capital es el resultado y el terreno de la acción de individuos, grupos y clases. En ese terreno dichas acciones pueden ser significadas –por el observador– como estrategias. El proceso entero se presenta –y se impone– a los individuos como un “proceso sin sujeto”, pero su

movimiento no es sino el despliegue de relaciones antagónicas, aunque mayormente inconscientes, que puede derivar o no en su configuración como enfrentamiento abierto entre clases.

Desde una perspectiva como la aquí adoptada, entonces, la producción de la separación entre estado y acumulación es un modo siempre histórico, por lo tanto nunca asegurado y con características específicas, de reproducir la dominación del capital sobre el trabajo, de impedir que ese movimiento contradictorio y tendiente a crisis se transforme en enfrentamiento de clases. Funciona a través del establecimiento, por un lado, de modos determinados de funcionamiento de la competencia-medio específico de coacción sobre el trabajo y los capitales individuales- y de organización del despotismo patronal en el lugar de trabajo. Ello requiere la preservación de la producción y de la circulación como espacio “económico” autónomo. Su contrapartida es, por otro lado, la configuración de una forma de estado que articule la dominación política y que centralice el monopolio de la violencia legítima sobre un territorio. Por lo tanto, analizar el “modo de acumulación” equivale a observar el proceso de subordinación del trabajo aislando analíticamente el modo específicamente económico por medio del que ella opera, pero siempre en referencia a la totalidad de la dominación de la que constituye una abstracción, es decir, el modo específico de producción de la separación economía – política a la que pertenece. Ello implica una determinada relación entre Estado y acumulación, entre producción y circulación, determinados modos de operación de la competencia y de la organización de la producción, de articulación entre consumo y producción, entre otras dimensiones. A su vez, en la medida que la articulación de una forma de Estado – y de su relación con la acumulación en un territorio determinado- define un “adentro” y un “afuera”, también define una relación entre mercado nacional y mercado mundial. Esta última dimensión es particularmente importante, porque los procesos de reestructuración capitalista operan como procesos de redefinición de la relación entre economía y política a escala global. Es decir, reconfiguran – fracturando/unificando – el espacio de acumulación a escala mundial y el sistema internacional de estados (Holloway, 1993; Harvey, 2006; Astarita, 2004; Ianni, 2011). Por lo tanto, el análisis del modo de acumulación en un país determinado realiza una doble abstracción: una primera, ya mencionada, respecto del modo en que se estructura la dominación del capital sobre el trabajo en un territorio determinado y una segunda respecto del proceso global del que es parte y que sólo aparece refractado en el caso nacional.

En ese sentido, y a diferencia de las perspectivas que hoy dominan el debate sobre la acumulación en Argentina, se trata de un enfoque que parte de la totalidad, de su estructuración, contradicciones, dinámica y tendencias, y que plantea que sólo en referencia a dicha totalidad -que se les impone como coerción objetiva y exterior- pueden interpretarse las estrategias de los actores, grupos y clases. Pero a diferencia de los planteos dominantes en los '60, esa totalidad no es la de una estructura económica que determinaría a la estructura político-ideológica, sino la (re)producción de un modo histórico específico de separación estado – acumulación. Dado que ese proceso de separación no está asegurado y que su articulación da cuenta tanto de las características como de los límites de la subordinación del trabajo en un tiempo

y espacio determinados, excluye, a su vez, toda presunción de correspondencia entre Estado y acumulación y, por lo tanto, entre política económica y necesidades de la acumulación de capital. Sólo es posible determinar, dado un modo de acumulación, las condiciones de esa correspondencia, al modo en que Marx determina las condiciones de equilibrio de la reproducción simple y ampliada del capital. Dichas condiciones formales no son tipos normales respecto de los cuales los desvíos puedan interpretarse como formas patológicas, sino un principio heurístico que permite comprender el marco específico en el que operan las tendencias a la crisis.

En lo que sigue, entonces, intentaremos aproximarnos a una conceptualización del modo de acumulación de capital en Argentina entre 1989 y 2015 a partir de las siguientes preguntas:

Qué transformaciones ocurrieron en dicho período en la modalidad de separación Estado – acumulación y, por lo tanto, qué tipo de relación tendió a establecerse entre ambas esferas. En qué medida y de qué modo dichas transformaciones refractaron procesos de reestructuración a escala global. Qué nos dicen la modalidad de separación y el tipo de relación entre Estado y acumulación resultantes de las características y límites de la subordinación del trabajo.

Qué características asumió la acumulación de capital, partiendo de algunas de las dimensiones mencionadas.

2. 1989: giro radical en las relaciones de fuerza, reestructuración y génesis de un nuevo modo de acumulación

1989 es un punto de inflexión en nuestra periodización del modo de acumulación en Argentina. Ello no se debe sólo al fenómeno extraordinario que representó para la historia económica argentina la hiperinflación de ese año. Se debe a que la crisis hiperinflacionaria de 1989 condensó una serie de tendencias y contradicciones nacionales y globales cuya resolución cerró un período y abrió uno nuevo. No podemos desarrollarlo aquí, pero si la crisis de 1975 (el “rodrigazo”) no fue una crisis más del *ciclo stop-go* y significó la crisis de la ISI es porque condensó la acumulación de desequilibrios y contradicciones de la acumulación local y la crisis del orden capitalista de posguerra. Por esa razón, el golpe de 1976 dio inicio a un largo proceso de ofensiva capitalista y de intentos de reestructuración que le darían el tono de una fase transicional, atravesada por avances profundos de ofensiva y reestructuración, el período 1976-1981, y períodos de resistencia que limitaron o directamente bloquearon su avance, desde el fin de la dictadura hasta la hiperinflación de 1989.

La crisis hiperinflacionaria condensó las contradicciones propias del proceso de reestructuración local con tendencias a la crisis en toda la periferia y el este europeo que señalaban la reconfiguración del orden capitalista mundial. Tampoco podemos desarrollarlo aquí, pero puede sintetizarse como la yuxtaposición de la doble transición que atravesaba al proceso reestructurador en Argentina (transición democrática y ofensiva neoliberal) y del escenario abierto por la crisis de la deuda de 1981/82 (Massano, 2016). De esta manera, las contradicciones locales del proceso de reestructuración refractaron el proceso de reconfiguración capitalista a nivel global.

La expansión del endeudamiento externo durante la dictadura, parte de un pro-

ceso que abarcó a toda la periferia y a una porción del este europeo, fue la contracara de la plétora de capital en el centro capitalista en crisis. La crisis de la deuda y la restricción crediticia posterior en la periferia fueron el resultado de la aceleración y el triunfo de la ofensiva neoliberal en el centro. La ofensiva capitalista en los países centrales terminó por recomponer la acumulación, redireccionó los flujos de capital hacia el centro (inicialmente por el alza de tasas de interés pero luego por el relanzamiento progresivo de la acumulación) y por esa vía incrementó la presión por la reestructuración neoliberal en la periferia en crisis (Salama y Vallier, 1992; Ianni, 2011).

La presión objetiva por la reestructuración en Argentina, y en toda América Latina, tenía un medio privilegiado en la revinculación de los mercados financieros locales e internacionales, resultado de las reformas financieras de los '70s, y en el endeudamiento posterior. Pero la vehiculización de las reformas neoliberales, en particular las que impulsaban la reestructuración productiva del capital, encontraban un escollo en la capacidad de resistencia de la clase obrera sindicalmente organizada, aliada a las fracciones mercado internistas de la burguesía industrial. Esa "alianza defensiva" (O'Donnell, 1977), aunque debilitada por la represión de la dictadura, tenía todavía suficiente fuerza como para bloquear la reestructuración en curso. La estrategia se centraba en la defensa de la relativa separación del espacio nacional de valor de la acción de la ley del valor a escala mundial que fuera fundamento de las estrategias de acumulación nacional-centradas de posguerra y en Argentina de la ISI. Pero la crisis que vivía la Argentina era la refracción en el medio local de la crisis y reestructuración del espacio económico mundial signadas por la internacionalización comercial, financiera y productiva del capital. Por lo tanto, si la separación relativa entre espacio nacional y mundial de valor se encontraba en la base de la tendencia al deterioro de la balanza de pagos y a la hiperdevaluación de la moneda local, la estrategia de bloqueo a su redefinición sólo podía conducir a la profundización de la crisis de acumulación.

El proceso hiperinflacionario significó un proceso acelerado de crisis del dinero y por lo tanto –en una sociedad cuyas relaciones se establecen por medio del intercambio– de disolución de las relaciones sociales. En este contexto, la salida de la crisis a través de una estrecha articulación con el mercado mundial, impulsada por las fracciones más concentradas del capital local, adquirió potencialidad hegemónica. En la medida que apareció como condición de la reproducción del conjunto social fue también condición de posibilidad para la universalización de los intereses de las fracciones económicamente dominantes del capital. De este modo la hiperinflación fue el terreno en el que se desarrolló una acelerada y radical transformación de las relaciones de fuerza entre capital y trabajo. Por un lado, se produjo una fragmentación y desorganización de la acción de clase de la clase obrera y una unificación del conjunto de las fracciones de la gran burguesía en torno al programa neoliberal, por otro lado, sobre esa base, se articuló un amplio consenso en torno a dicho programa que fue el fundamento de una hegemonía que duraría hasta 2001 cuyo eje articulador sería la convertibilidad monetaria (Bonnet, 2008; Piva, 2012).

En este sentido, es necesario aclarar que "neoliberalismo" no designa un modo de acumulación, sino que refiere a una estrategia ofensiva del capital contra el trabajo que opera por medio de la intensificación y extensión de la competencia.

Tiende, por lo tanto, a una redefinición de la relación Estado – acumulación que incrementa el papel de la competencia en la subordinación del trabajo.² La articulación de política monetaria restrictiva -en el caso argentino el régimen de convertibilidad monetaria-, apertura comercial y desregulación del mercado incrementó la presión competitiva sobre los capitales individuales para reestructurar sus procesos de producción, financiación y comercialización. Las privatizaciones ampliaron el espacio de valorización del capital, al tiempo que sirvieron como medio de capitalización de deuda externa y, por lo tanto, de revinculación de la Argentina con los mercados financieros internacionales.³ El incremento del desempleo, del subempleo y del empleo en negro -resultado directo de la presión competitiva sobre los capitales individuales y del proceso de reestructuración privado y estatal (y en menor medida la flexibilización legal del mercado de trabajo)- aumentaron la coacción de la competencia en el mercado de trabajo.

El resultado del proceso de reestructuración fue un nuevo modo de acumulación que se caracterizó por tres grandes tendencias.

En primer lugar, y lo que constituye el aspecto principal de las transformaciones, un proceso de reestructuración productiva que afectó a la industria y al agro. La reestructuración industrial se caracterizó por un doble movimiento. Por un lado, la reducción del peso o directa desaparición de ramas de producción orientadas al mercado interno. Dicha tendencia es la que ha fundado las tesis de la desindustrialización. Pero, por otro lado, hubo un aumento del peso de la exportaciones industriales, tanto de las manufacturas de origen agropecuario (MOA) como de las manufacturas de origen industrial (MOI). Esta reorientación exportadora se manifiesta sobre todo en el hecho de que las MOI fueron las más dinámicas en el período expansivo 1991-1998, tanto si se observa la evolución de las cantidades exportadas como su valor (véase gráfico 1 en anexo). Al mismo tiempo, desde el punto de vista del aporte de divisas, todo el período se caracteriza por una creciente importancia del “complejo oleaginoso”, pero dentro de él un predominio cada vez más marcado de las MOA en detrimento de los productos primarios no procesados (Kejsefman, 2014). La especialización creciente en la exportación de *commodities* industriales es importante por varias razones. En primer lugar, subalterniza la producción primaria a una cadena de valor dominada por el gran capital industrial exportador. En segundo lugar, la reorientación exportadora del gran capital industrial fue parte de un proceso de reestructuración que tendió a profundizar la heterogeneidad de la estructura industrial. Ello se puede observar en el aumento de las diferencias intra rama de productividad y salarios entre el gran capital y el pequeño y mediano, en el predominio de estrategias trabajo intensivas que expandieron el empleo en negro y el deterioro general de las condiciones de trabajo en aquellas ramas y empresas orientadas al mercado interno, en las diferentes tendencias en la calificación laboral y el empleo de tecnología, etc. (Kosakoff y Ramos, 2001; Katz 2012). Pero es especialmente visible en el hecho de que mientras el conjunto de la industria siguió presentando déficit comercial, el gran capital industrial presentó superávit (Basualdo, 2000a). Sin embargo, a diferencia de la heterogeneidad estructural del período ISI, el proceso de reestructuración tendió a articular y subordinar al capital menos productivo en términos internacionales y/o orientado al mercado interno con la reorientación expor-

tadora del gran capital. En tercer lugar, la especialización en la exportación de *commodities* industriales no revirtió la tendencia al déficit comercial de las fases expansivas de posguerra y sometió la continuidad del proceso expansivo al resultado de la exportación de mercancías sujetas a fuertes variaciones de precios y fenómenos de sobreproducción. Por lo tanto, se trató de un proceso de redefinición y profundización del desarrollo capitalista dependiente.

Sin embargo, no sólo las exportaciones primarias siguieron siendo relevantes sino que la propia producción agropecuaria experimentó un fuerte proceso de reestructuración. Los '90, fueron años de importante tecnificación y de incorporación de las nuevas técnicas de siembra asociadas con el uso de organismos genéticamente modificados, los denominados “transgénicos”. En ese sentido destacan la siembra directa, la creciente aplicación de la biotecnología, la complejización del manejo químico del suelo, el empleo de nuevas maquinarias, etc. Aunque algunas de las transformaciones productivas en el agro comienzan en la primera mitad, es importante destacar que la segunda mitad de los '90, en condiciones de deterioro de los términos de intercambio –después de una breve mejora en la primera mitad– es particularmente intensa y abarca el conjunto del proceso de producción y comercialización, la distribución geográfica de los diversos tipos de producción, las formas de propiedad, etc. La importancia adquirida por el sector agropecuario en la importación de bienes de capital es indicativa de ese proceso. La “industrialización” de la producción agrícola, con su consecuente peso importador, y la reorientación exportadora de la industria tendieron a reducir las tensiones agro – industria típicas de la ISI (Azcuy Ameghino y Ortega, 2010; Teubal, 2010).

La segunda gran tendencia de transformación del modo de acumulación fue su creciente dependencia financiera. El papel de la expansión del mercado financiero y de su creciente conexión con los mercados financieros internacionales ha estado en el centro de las caracterizaciones del modo de acumulación en los años '90. Basualdo (2000a, 2000b) ha mostrado el vínculo entre endeudamiento y fuga de capitales. Lo que está en discusión, por lo tanto, no es el fenómeno sino la interpretación de su conexión con la acumulación de capital productivo. Frente a la tesis del predominio de la valorización financiera hemos sostenido que la expansión del sector financiero, y particularmente de los flujos de capital financiero internacional, fue condición de posibilidad de un proceso de acumulación fundado en la producción.⁴ En primer lugar, los flujos de capital dinero dieron liquidez al mercado y de ese modo ampliaron la capacidad de crédito, ampliación necesaria para sostener el proceso de modernización tecnológica y la acumulación de capital en todas las actividades productivas. El proceso de reestructuración demandó un gran aumento de la inversión que era insostenible con el ahorro interno disponible. En segundo lugar, fue necesaria la expansión del crédito para que el consumo acompañara a una producción en aumento. Si bien se incrementó la importación de bienes de consumo, la expansión del consumo de la clase media también impulsó la demanda de construcción y de bienes de producción local (lo que incluye servicios personales). Es un fenómeno mundial reconocido, además, que la expansión del crédito al consumo permitió diferir las desproporciones entre producción y consumo originadas en las simultáneas expansión productiva y retracción salarial durante la ofensiva ne-

oliberal (Aglietta y Berrebi, 2007). En tercer lugar, porque permitió financiar el funcionamiento desequilibrado de la acumulación (déficit comercial creciente durante las fases expansivas) y sostener la convertibilidad (financiando el déficit fiscal) pieza clave en la presión competitiva que impulsaba la acumulación y daba un marco de unidad a los capitales. El ciclo de los flujos internacionales de capital financiero se encontraba, entonces, articulado con la acumulación de capital productivo y su éxito se jugaba en el éxito de ese proceso. La diferencia de tasas locales e internacionales atraía el ingreso de capitales especulativos que, a través de diversos mecanismos, financiaban la acumulación de capital. Tras apropiarse bajo la forma de interés de una parte del plus valor producido y realizado por el capital local se retiraban realizando una ganancia en moneda mundial. Poco importa desde esta perspectiva que los actores fueran capitales locales que combinaban inversión productiva con “valorización financiera” o inversores financieros internacionales, la continuidad del proceso mostraba una fuerte interdependencia entre capital productivo y financiero. El fracaso de la acumulación productiva producía la desvalorización de activos financieros, del mismo modo que la acumulación se volvía crecientemente vulnerable a los retiros masivos y a la reversión de los flujos de capital especulativo. A medida que el proceso se desarrollaba ambos riesgos se incrementaban. Pero en cualquier caso el vínculo era de una naturaleza muy distinta al vigente entre 1977 y 1981. En aquel período si bien el endeudamiento financió el inicio del proceso de reestructuración, por razones que no podríamos discutir aquí, la reestructuración productiva fue limitada y la deuda externa se orientó fundamentalmente a sostener un esquema macroeconómico que nunca enmarcó un proceso de acumulación de capital sostenido. De modo que la reforma financiera de la dictadura militar se mostró como uno de sus legados más duraderos. La integración del mercado financiero local e internacional funcionó durante las fases de crisis y estancamiento como un mecanismo de presión objetiva por la ofensiva contra los trabajadores y de centralización de capitales, y durante las fases expansivas como un medio de apalancamiento de la acumulación y de “retaguardia” para el gran capital en un medio inestable y tendiente a crisis (función subordinada de la “valorización financiera”). De modo que la combinación de inversión productiva y especulación financiera como estrategia de los grandes jugadores ha sido permanente aunque su vínculo ha variado en cada período. El establecimiento de dicho vínculo es parte de la identificación del modo de acumulación.

La tercera gran tendencia de transformación del modo de acumulación fue la internacionalización de la propiedad del capital local. La inversión extranjera directa (IED) jugó un papel central en el proceso de reestructuración tanto a través de los aportes de capital, como de los procesos de fusión y adquisición de empresas. Se trató de un fenómeno mundial. Si desde mediados de los '70 la salida de la crisis del centro estuvo estrechamente articulada con la internacionalización del capital, a partir de la caída de los socialismos reales y del desarrollo de profundos procesos de reestructuración capitalista en la periferia se desarrolló una notable expansión geográfica del capital y de internacionalización y entrelazamiento de capitales de distinto origen. En este sentido, si bien entre 1992 y 1998 aumentó la proporción de IED entre países centrales (paso del 70% al 82% del total) también aumentó la

masa de IED en todas las regiones (Giusani y L'hospital, 2003). Es cierto como sostiene Basualdo que una parte considerable de esas inversiones se orientaron a las privatizaciones (14%) y a pases de manos de las acciones de privatizadas en manos de capitales nacionales. Esto fue especialmente importante luego de la “crisis del tequila”, durante 1995. De hecho el total de pases de manos de acciones (tanto en empresas privatizadas como en el sector privado) abarca el 45% de la IED entre 1992 y 2002. Sin embargo, los aportes de capital totalizan un 32% y la industria recibió un 22% del total de IED, sólo debajo del 24% de la suma de “electricidad, gas y agua”, “comercio” y “transporte y comunicaciones” (Giusani y L'hospital, 2003). Pero la importancia de la IED radica además en su papel en la reestructuración en los sectores más dinámicos, es decir, los sectores industriales orientados a la exportación donde fue protagonista central de la acumulación y de la centralización de capital. El resultado fue una notable expansión de la internacionalización de la propiedad del capital. De acuerdo a la Encuesta Nacional de Grandes Empresas del INDEC, la proporción de firmas de IED aumentó desde 45% en 1993 hasta 63% en 2001. Mientras en el mismo período su valor de producción pasó desde el 61% hasta el 78% del total de la muestra. Como señalamos antes, dicho proceso fue parte de un fenómeno mundial y por esa razón hablamos de internacionalización y no de extranjerización. El capital extranjero que ha incrementado su participación en los principales indicadores de la economía argentina es un capital altamente internacionalizado en sus comportamientos, es decir, que su estrategia de acumulación se despliega a escala mundial y que sus cadenas de valor están crecientemente mundializadas. El aumento del peso del capital extranjero en la estructura económica equivale, entonces, a un proceso de internacionalización de la dinámica de la acumulación local. Sin embargo, la importancia del fenómeno opuesto, la expansión mundial de capitales originalmente nacionales, ha sido marginal. Ello señala la naturaleza subordinada del proceso de internacionalización, lo que refuerza el carácter dependiente del desarrollo capitalista del período.

En definitiva, el proceso de reestructuración impulsado por la ofensiva neoliberal de los años '90 resultó en la configuración de un nuevo modo de acumulación centrado en la exportación de productos industriales de bajo valor agregado, agroindustriales y agropecuarios. A su vez, la dependencia del ritmo de acumulación de la inversión extranjera directa y de los flujos internacionales de capital-dinero, produjo una comunidad de intereses entre capital local y transnacional, en el marco de una creciente interpenetración del capital nacional y extranjero y de una tendencia a la internacionalización de la propiedad del capital local. El resultado fue un desarrollo caracterizado por la profundización de la dependencia tecnológica; por la “dualización estructural” entre un sector moderno y competitivo (fundamentalmente exportador) y otro atrasado e impulsado a la intensificación y extensión de la jornada laboral; y por la fragilidad externa, y la dependencia de flujos financieros y de IED. Al mismo tiempo ese desarrollo dependiente fundó la unidad de las distintas fracciones de la gran burguesía, la subordinación de la burguesía media y pequeña y la fragmentación (debida al efecto desigual de la reestructuración capitalista) y la dualización (por la extensión y consolidación de la precarización y de la informalidad laboral) de la fuerza de trabajo.

De modo que la acumulación de capital se desarrolló sobre -y reprodujo a- una relación de fuerzas que invirtió la relación de fractura en la clase dominante y homogeneidad de la clase obrera que caracterizó al período de la ISI (Villareal, 1985). En la reproducción de dicha relación de fuerzas y en la articulación del modo de acumulación jugó un papel central el régimen de convertibilidad. La convertibilidad monetaria institucionalizó un modo de relación entre estado y acumulación que vehiculizó la subordinación de los trabajadores por medio de la competencia y de los capitales individuales a la lógica del capital. Pero de esa manera institucionalizaba la unidad de los capitales y la supresión de la clase obrera mediante su fragmentación. Eso era particularmente visible en las crisis, cuando la única salida compatible con su vigencia era la deflación, lo que unía a las fracciones del capital en la búsqueda de reducir el salario real y de extender e intensificar la jornada laboral. Cuanto mayor fuera el aumento de la tasa de explotación, más exitoso sería el ajuste deflacionario y menor sería la desvalorización y quiebra de capitales.

3. 2001: el bloqueo a la vía deflacionaria de salida de la crisis y su impacto en las relaciones de fuerza

Al igual que 1975 y 1989, 2001 condensó las contradicciones y desequilibrios de la acumulación local y de la acumulación a escala mundial. La crisis del sudeste asiático de 1997 abrió una seguidilla de crisis en la periferia. Si bien las crisis fueron de magnitud variable, todas fueron seguidas de devaluaciones: Rusia en 1998, Brasil en 1999, y crisis de las puntocom mediante en el 2000 en EEUU, los siguientes serían Argentina y Turquía en 2001. Todas las crisis fueron localizadas y, con excepción de la crisis de las puntocom, ninguna de ellas produjo desaceleraciones de importancia en el ritmo de crecimiento ni de los países desarrollados ni de la economía mundial.⁵ Y aun la crisis norteamericana dio lugar a una rápida recuperación. Sin embargo, la sucesión de crisis en la periferia, y el propio remezón bursátil en EEUU, pusieron de manifiesto la tendencia a la producción de desequilibrios de una acumulación a escala mundial que, impulsada por el proceso de internacionalización del capital, erosionaba las capacidades de regulación de los estados nacionales (Hirsch, 1999; Jessop, 1993).

Pero el capítulo argentino de las conmociones en la periferia reveló, al mismo tiempo, las tendencias a la crisis de la acumulación local. En primer término, desde 1998 se produjo la salida de capitales especulativos, el reflujo de la IED y una marcada restricción del crédito en la periferia. De hecho, la burbuja de las puntocom tuvo bastante que ver con ese flujo desde la periferia hacia oportunidades de negocio en el centro. Como vimos, la acumulación de capital en la Argentina de los '90 dependía de la continuidad de los flujos de IED y capital especulativo así como del financiamiento externo. En segundo término, las crisis de la periferia dieron lugar a -y fueron agravadas por- la caída de los precios de las *commodities*. La caída de precios, por un lado, agravaba el déficit comercial, por otro lado, impactaba en el ritmo de acumulación de los complejos exportadores industriales y agroindustriales que constituían los sectores más dinámicos de la economía y, por lo tanto, de cuya acumulación era dependiente el resto. En tercer término, las devaluaciones en la peri-

feria afectaban la competitividad de las empresas locales. En un régimen de tipo de cambio fijo sólo cabía aumentar la productividad o reducir salarios y extender/intensificar la jornada laboral. Este último aspecto es particularmente importante para entender los modos específicos que adoptó la tendencia a la crisis en Argentina.

Entre 1991 y 1994 la productividad por ocupado en la industria creció a un ritmo anual del 9,3%, mientras que entre 1994 y 1998 lo hizo al 5,3%. Esta desaceleración se corresponde con un cambio de etapa en la dinámica de la acumulación. Entre 1991 y 1994 se desarrolló un profundo proceso de reestructuración productiva que implicó una renovación de capital fijo, la incorporación de nuevas tecnologías y la reorganización de los procesos de trabajo. Por lo tanto, el aumento de la tasa de plus valor se apoyó tanto en la producción de plus valor absoluto como de plus valor relativo. Desde 1995, en vistas de que el grueso de la renovación de capital fijo ya se había realizado, la desaceleración de los aumentos de productividad dio preeminencia a la producción de plus valor absoluto como medio de aumento de la tasa de explotación. En este contexto, el período de crisis abierto desde el último trimestre de 1998 puso cada vez más en el centro de la disputa la capacidad de la clase dominante y el estado de imponer la vía deflacionaria de la crisis al conjunto de los trabajadores. La restricción al financiamiento de los desequilibrios implicaba la creciente presión por reducir el gasto público, lo que incluía, reducir salarios del estado y reducir el salario indirecto vía recortes del gasto social. La necesidad de relanzar la acumulación en los sectores más dinámicos suponía una presión por reducir salarios y atacar condiciones laborales en el sector privado. Esto derivó en una creciente contradicción entre los requerimientos del relanzamiento de la acumulación y las necesidades de legitimación de la dominación. Desde 1991, en condiciones expansivas, el consenso se había sustentado en el temor al retorno de la hiperinflación, en la fragmentación y desorganización de los trabajadores y en el temor al desempleo que se ubicó siempre en niveles superiores al 10 %. Pero la profundización de la crisis desde 1999 tendía a erosionar dichos mecanismos, en la medida que amenazaba la reproducción de más grupos sociales. La crisis de 2001 cobró la forma, entonces, de un bloqueo popular a la vía deflacionaria de salida de la crisis. El aumento de la conflictividad social tuvo su punto culminante en los saqueos y en la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001. La clase media y los sectores más empobrecidos de la clase obrera decretaban de este modo el fin de la convertibilidad y, con ella, de la cristalización de una relación de fuerzas entre las clases legada por la hiperinflación y la reestructuración posterior.⁶ Por lo tanto, lo que entraba en crisis era una modalidad de separación y de relación entre estado y acumulación que había sustentado la recomposición capitalista de los años '90. Pero si 2001 representaba un límite a la ofensiva neoliberal también abría un período pleno de paradojas y contradicciones.

4. 2002–2015: las nuevas relaciones de fuerza y la no correspondencia entre Estado y acumulación

El bloqueo a la vía deflacionaria y la ruptura de la convertibilidad tuvieron dos consecuencias. La primera, inmediata, es que la ofensiva se desarrolló por vía inflacionaria. En la base del crecimiento económico post convertibilidad estuvo la recu-

peración de la tasa de ganancia a través de una devaluación del 300%, una inflación anual del 41% entre diciembre de 2001 y diciembre de 2002 y un virtual congelamiento salarial (los salarios variaron un 7,6% entre diciembre de 2001 y diciembre de 2002).⁷ La segunda consecuencia refiere al cambio en las relaciones de fuerza entre las clases, que tuvo efectos mediatos en los condicionamientos que impuso a la recomposición de la acumulación. El carácter paradójico del cambio en las relaciones de fuerza puede ya leerse en los datos recién expuestos sobre 2002. El éxito de la ofensiva inflacionaria contrasta con los resultados de las devaluaciones del período 1974-75 y aun con las del período alfonsinista. En todos esos casos la resistencia obrera hizo fracasar los intentos de modificación violenta de los precios relativos y de estabilización posterior. El éxito de la ofensiva inflacionaria durante 2002 señala la persistencia del período de debilidad relativa de la clase obrera abierto con la derrota de 1989. Pero al mismo tiempo la forma inflacionaria de la ofensiva es síntoma del bloqueo popular al ajuste deflacionario, es decir, el resultado del límite a la ofensiva neoliberal. Algunas medidas y decisiones que la acompañaron son buena muestra de ello: imposición de retenciones al agro para financiar el plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, formación de comités de crisis con representación de las organizaciones de desocupados dialoguistas, el propio adelantamiento de las elecciones e interrupción prematura del interregno duhaldista después de los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán.⁸ Por otra parte, si la convertibilidad cristalizaba la unidad del capital contra el trabajo en la ofensiva deflacionaria, su quiebre supuso cambios en las relaciones de fuerza al interior del bloque en el poder: fortalecimiento de las fracciones industriales y agroindustriales exportadoras frente a las fracciones financieras y aquellas vinculadas a las empresas privatizadas. El resultado fue una fuerte caída de la tasa de interés, a niveles reales negativos, el inicio en condiciones de default de una larga negociación con los acreedores que implicaría una importante reducción de la deuda externa y una también fuerte caída en términos reales de las tarifas de servicios públicos, que mantendrían un fuerte retraso a lo largo de todo el período. Pero no se puso en cuestión la unidad en torno a las tendencias fundamentales de la acumulación. Lo que emerge ya durante 2002, entonces, es el carácter paradójico del cambio en las relaciones de fuerzas que alumbró la rebelión de 2001: suficiente para bloquear la continuidad de la ofensiva neoliberal, insuficiente para impugnar de manera radical la reestructuración del capital y del estado llevada a cabo por el menemismo.

La crisis del modo de subordinación del trabajo que representó la ruptura de la convertibilidad exigía, como vía para una recomposición capitalista, una reformulación de la separación y de la relación entre estado y acumulación. El carácter de las relaciones de fuerza limitaba sus posibilidades configurándose un complejo juego de continuidades y rupturas y de contradicciones entre economía y política. Esta situación inestable encontró condiciones para su resolución en la reconfiguración de las condiciones de la acumulación a nivel mundial. El hecho fundamental fue la reversión desde 2002 de la tendencia de un siglo al deterioro de los términos de intercambio entre los productos de la periferia y del centro del sistema mundial. Este fenómeno se encuentra vinculado al impacto en el mercado mundial del crecimiento de la economía china. El crecimiento de la economía china y de su parti-

cipación en el producto mundial es un dato que se remonta a inicios de los años ochenta. Entre 1980 y 2000, el PBI chino pasó de representar el 2,2% del PB mundial (un porcentaje inferior al 3,9% de Brasil y al 2,5% de la India ese mismo año) al 7,1% en 2000 (superior al 2,9% de Brasil y al 3,7% de la India). Pero hacia 2010, el PBI chino explicaba el 13,5% del PB mundial, un 90% más que 10 años antes, hecho que impulsó la demanda china de materias primas y su incidencia en sus precios.⁹ Lejos de ser un retroceso de la denominada “globalización” del capital, es el resultado genuino de la expansión de las relaciones capitalistas a escala planetaria (Astarita, 2004). En este contexto, la dependencia comercial respecto de EEUU y de la Unión Europea se redujo fuertemente. Por un lado, los precios de los productos que exporta Argentina no dependieron fundamentalmente de la demanda mundial de los países centrales. En segundo lugar, producto de un aumento del comercio intra Mercosur desde inicios de los años noventa, más de un 20% de las exportaciones se dirigían en 2011 a Brasil y también se incrementaron las exportaciones a China (de un 4,2% del total en 2002 a un 7,1% en 2011) y al ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) (del 3% al 5% entre los mismos años). Simultáneamente, se redujo el porcentaje de exportaciones a EEUU (del 11,1% al 5%) y a la UE (del 20% al 15%).¹⁰ El mejoramiento de los términos de intercambio y la menor dependencia comercial del centro constituyen cambios drásticos respecto de la inserción comercial de Argentina durante la mayor parte de su historia y permiten explicar tanto el desempeño exportador desde 2002 como el impacto moderado de la crisis mundial de 2008-2009. De conjunto, los cambios en las tendencias del comercio mundial desde el año 2002 otorgaron un mayor margen de maniobra a Estados periféricos como el argentino. Ese margen de maniobra es el que permite comprender la redefinición de la separación estado – acumulación en términos de una relación de no correspondencia, lo que se evidencia particularmente en lo que hemos llamado un desfase entre política económica y necesidades de la acumulación. Es en el marco de dicha redefinición -que expresó los cambios en las relaciones de fuerzas entre las clases y, consiguientemente, en el modo de subordinación del trabajo- que pueden conceptualizarse las características del modo de acumulación postconvertibilidad. Empecemos, en sentido inverso, por el análisis de esas características para luego inscribirlas en aquella relación de no correspondencia.

Si dedicamos tanto espacio a la exposición de las características del nuevo modo de acumulación en los años '90 es porque se observa una continuidad de sus rasgos esenciales en la postconvertibilidad. Sin embargo, su particular combinación con rasgos novedosos distingue la dinámica de la acumulación de capital y el modo en que operaron las tendencias a la crisis de aquellas de la convertibilidad.

Para empezar se advierte una continuidad en la reorientación exportadora de la industria. Como se observa en los gráficos 1 y 2 las MOI fueron las que más crecieron tanto entre 1991 y 1998 como entre 2003 y 2012. Es decir, que en los períodos de desarrollo de la acumulación tendió a profundizarse la reorientación exportadora de la industria y su peso en el conjunto de las exportaciones, procesos que sólo se revirtieron durante la fase depresiva 1999-2002.

Producto de dicha reorientación la acumulación de capital en su conjunto se ha vuelto más dependiente de la demanda externa. Se acrecentó el peso de las exporta-

ciones y decreció el del consumo total respecto del PBI, ello a pesar de cierta reversión del fenómeno desde 2008. El promedio de la relación exportaciones/PBI entre 1993 y 1998 fue del 9%, mientras que entre 2003 y 2012 fue del 13%. De manera correlativa, el promedio de la relación consumo total/PBI cayó desde el 81% al 77%. La reversión de la tendencia desde 2008 no alcanzó para que las tasas volvieran a los niveles de 1998 (Fuente: Elaboración propia en base a Cuentas Nacionales – INDEC).

En relación con este segundo rasgo aparece la primera de las especificidades relevantes del período. La mencionada reversión de la tendencia al deterioro de los términos de intercambio, combinada con la devaluación del peso, permitió la realización de abultados superávits comerciales que permitirían ignorar hasta el año 2011 la restricción de acceso al crédito internacional que siguió al default de 2001. La importancia de este hecho es capital porque permitió suspender o mantener en estado de latencia la dependencia financiera del proceso de acumulación. Esto significó un debilitamiento de los mecanismos financieros de transmisión de la presión competitiva sobre el estado y los capitales. Hablamos de suspensión o latencia de la dependencia financiera porque las tendencias al desequilibrio en el sector externo siguieron actuando y reemergerían a partir de 2011.

En ese sentido, a pesar de la profundización de la reorientación exportadora, se mantuvo el carácter deficitario del conjunto de la industria en contraposición a los superávits del agro así como la tendencia a un aumento mayor de las importaciones que de las exportaciones durante la fase expansiva. Pero la mirada por sector oculta otra continuidad esencial. Dentro del denominado complejo oleaginoso los sectores más dinámicos volvieron a ser los manufactureros (harinas, aceites y subproductos), que concentraron entre 2003 y 2010 entre el 70% y el 80% de las exportaciones totales del complejo, y no los granos sin procesar (Kejsefman, 2014).

Al mismo tiempo, al igual que en los '90, las grandes empresas industriales mostraron superávits comerciales mientras el resto de la industria registraba déficit (Ortiz y Schorr, 2009; Gaggero *et al.*, 2014). Lo que se observa, entonces, es la continuidad de la tendencia a la dualización de la estructura económica y, particularmente, de la estructura industrial entre un sector moderno, altamente concentrado, con altos niveles de productividad internacional y un sector atrasado, de baja productividad.

En esta última tendencia se inscribe la segunda de las especificidades relevantes de la postconvertibilidad: la limitada sustitución de importaciones industriales. Dicha sustitución fue limitada en dos sentidos. En primer término, porque no revirtió la tendencia a la pérdida de peso de la industria en la estructura económica. Como se observa en el cuadro 1, el valor agregado bruto (VAB) de la industria manufacturera, ya sea a precios de productor o de mercado, a precios corrientes o constantes, confirma la tendencia a la caída como proporción del VAB total desde 1993. En segundo término, fue limitada porque, a diferencia de la sustitución de importaciones de la segunda posguerra, se articuló/subordinó a la estrategia exportadora del gran capital industrial. El mayor impulso sustitutivo se desarrolló sobre la base del paraguas cambiario post devaluación, aprovechando costos salariales relativamente bajos y, lo que es particularmente claro en la industria textil, con la apelación

al uso de capacidad instalada y de la precarización del empleo. El resultado del proceso sustitutivo, entonces, no podía ser otro que una profundización de la estructura dual de la industria.¹¹ A su vez, la continuidad de la reorientación exportadora de la industria y las características del proceso sustitutivo reforzaron el predominio de la gran burguesía industrial exportadora que profundizó la subalternización de la producción agraria y la subordinación de las fracciones industriales menos competitivas y orientadas al mercado interno.

De la mano de la profundización de la dualidad de la estructura económica se desarrolló un nuevo salto en el proceso de concentración, centralización e internacionalización del capital local. Este fenómeno fue ampliamente estudiado y es suficiente con mencionar que todos los indicadores –porcentaje del valor bruto de producción de las grandes empresas (ENGE–INDEC), participación en las exportaciones (ENGE–INDEC), peso de las ventas de la “cúpula industrial” en el PBI industrial (Manzanelli y Schorr, 2013; Gaggero *et al.*, 2014)– muestran un salto en la concentración y centralización del capital industrial post crisis de la convertibilidad y, aunque con cierto decrecimiento posterior, el mantenimiento en niveles superiores a los de la convertibilidad durante todo el período. Lo mismo sucede con la internacionalización del capital local. Después de un fuerte aumento de la participación extranjera en el conjunto de las grandes empresas post crisis de 2002 hay un cierto decrecimiento en los años posteriores, pero manteniéndose en niveles superiores a los de la década del '90 (Schorr *et al.* 2012; Gaggero *et al.* 2014; ENGE–INDEC 2007; ENGE–INDEC, Boletín de prensa, varios números). Respecto del destino de la IED, durante la postconvertibilidad la industria volvió a ser el segundo destino, tanto en aportes de capital como en cambios de manos, detrás del sector extractivo, apuntalado sobre todo por las inversiones mineras (García, 2014). Es decir, que el capital extranjero participó activamente del desarrollo de la explotación de recursos naturales, con lógica extractiva, pero también en la expansión de la industria, particularmente la exportadora, lo que explica su creciente participación en las exportaciones totales (Gaggero *et al.*, 2014; García, 2014).

Por otra parte, el predominio de estrategias capital extensivas no fue exclusivo del proceso sustitutivo, sino que abarcó al conjunto de la industria. De modo que puede afirmarse que la expansión postconvertibilidad se fundó en la reestructuración productiva de la primera mitad de los '90.

De conjunto, la sustitución de importaciones, el predominio de estrategias capital extensivas y la expansión del sector servicios determinaron una fuerte expansión del empleo, sobre todo hasta el año 2007. La tasa de empleo se incrementó desde el 38,8% en el tercer trimestre de 2003 hasta el 43,4% en el tercer trimestre de 2011 y la tasa de desempleo se redujo desde el 16,1% en el segundo trimestre de 2003 hasta el 7,3% en el segundo trimestre de 2011. Esto en un contexto de sostenimiento (leve aumento) de la tasa de actividad que pasó del 46,3% al 46,7% en el mismo período (Fuente: EPH – INDEC). Sin embargo, los efectos de la dualización de la estructura económica se mostraron en la persistencia de altos niveles de empleo en negro. Éste cayó desde el 51,1 por ciento en el segundo trimestre de 2003 al 33,5% en el último trimestre de 2013 (Fuente: EPH Continua–INDEC). A pesar de ello, el trabajo en negro en 2013 no distaba mucho del promedio de los años '90. Si obser-

vamos el porcentaje de trabajo asalariado en negro para el GBA en el cuarto trimestre de 2013 vemos que es del 37,1% (Fuente: EPH Continua-INDEC) mientras que en 1998 era del 36,7% (Fuente: EPH Puntual-INDEC). Si bien los datos no son exactamente comparables por los cambios introducidos en la EPH en 2003, sirven para indicar que los porcentajes se encuentran en niveles aproximadamente similares.

La caída del desempleo fue determinante en la recomposición de las capacidades reivindicativas de la clase obrera que estuvieron en la base de la recuperación salarial, en particular de los asalariados formales del sector privado. Este grupo de asalariados recuperó los niveles salariales de diciembre de 2001 entre 2004 y 2005, más allá de ese punto prosiguió un sendero de recuperación – sólo interrumpido por las caídas de 2007 y 2008 - que acumularía un 28% de incremento salarial real en diciembre de 2012 respecto de diciembre de 2001. Distinta fue la suerte de los trabajadores no registrados que recién alcanzarían los niveles de diciembre de 2001 durante el año 2011.¹² De modo que la dualización de la estructura económica vuelve a mostrar sus efectos en la ampliación de la brecha salarial entre registrados y no registrados. La redistribución del ingreso, originada en las mejoras salariales y en las transferencias directas del estado a los sectores más empobrecidos, produjo una expansión de la demanda que dio a su vez fundamento al proceso sustitutivo y a la expansión del sector servicios. Por ejemplo, la distribución funcional del ingreso calculada por el Centro de Estudios de Población, Empleo y Desarrollo (CEPED) indica un aumento de la participación asalariada en el producto entre 2003 y 2011, pero que no compensa la pérdida originada en la hiperinflación y consolidada durante el ciclo de la convertibilidad (Sánchez, 2013). Salvia y Vera (2013) muestran que la desigualdad medida según el coeficiente de gini familiar habría caído hasta 2010 a niveles inferiores a los de la década de 1990, en coincidencia con lo evidenciado por otras mediciones (ver Beccaria y Maurizio, 2012). Sin embargo, cuando excluyen del cálculo los ingresos no laborales de los hogares la caída de la desigualdad entre 2003 y 2010 no perfora los niveles promedio de la primera mitad de los '90 (Salvia y Vera, 2013). Es decir, una hipótesis plausible es que una parte significativa de la caída de la desigualdad entre hogares desde 2008 se origina en transferencias de ingresos, como la Asignación Universal por Hijo (AUH), y que sería mucho menor si se consideraran sólo a aumentos de ingresos laborales.

Pero aquí ya resulta evidente que no es posible analizar las tendencias de la acumulación con independencia de la modalidad de separación Estado – acumulación en la que se inscriben. Tampoco era posible analizar la sustitución de importaciones con independencia de la devaluación y la política de tipo de cambio alto competitivo, ni las estrategias capital extensivas fueron independientes de cierto relajamiento de las presiones competitivas ligadas a la política cambiaria en condiciones de alto superávit comercial.

Debe resultar claro a esta altura que las especificidades de la acumulación de capital post convertibilidad se originan en una relación de no correspondencia entre acumulación y estado que desplazó en el tiempo la resolución de aquella relación de fuerzas paradójica alumbrada por la insurrección de 2001. Dicha relación de no correspondencia tuvo como condición de posibilidad a los cambios en la inserción comercial argentina en un contexto de reversión del deterioro de los términos de

intercambio. Es en el marco de esa relación que se puede comprender el modo específico en el que operaron las tendencias al desequilibrio de una acumulación de capital con fuertes rasgos de continuidad con la de los años '90.

En ese sentido, se advierte cierta evolución de la relación Estado – acumulación en la post convertibilidad que permite construir una periodización. Entre 2002 y 2005 la política económica tuvo fuertes continuidades, incluyendo el mismo ministro, Roberto Lavagna. Fue un período de compatibilidad entre necesidades de la acumulación y necesidades de legitimación. Sobre el fundamento de la devaluación, la fuerte caída inicial de los salarios, la recuperación de la tasa de ganancia y el alza del precio de los *commodities* fue posible la reducción del desempleo, un aumento sostenido de salarios, la expansión del gasto público, el mantenimiento del superávit fiscal y comercial, la reducción de la inflación y fuertes tasas de crecimiento del PBI. A fines de 2005, sin embargo, se presentaban los primeros dilemas de política económica. El enfrentamiento entre el entonces presidente Néstor Kirchner y su ministro de economía se desarrolló sobre el terreno de un modo de acumulación articulado en torno a la exportación de *commodities* industriales y agroindustriales y un proceso de legitimación sostenido en la incorporación de demandas obreras y populares. Bajo esas condiciones un proceso de acumulación continuo y una política económica capaz de regular sus –inevitables– tendencias a la crisis exigían contención del salario y del gasto público, esa era la posición del ministro. La continuidad del proceso de legitimación exigía una política de expansión de la demanda. La salida de Lavagna representó la elección de la última opción y, con ella, el inicio del desfase entre política económica y necesidades de la acumulación de capital.

Pero la intervención del estado posibilitada por este desfase enfrentó dos límites. Por un lado, como vimos, los indicadores de evolución del empleo, de los salarios, de la distribución del ingreso y de la desigualdad encuentran un núcleo duro en la persistencia de rasgos esenciales de la acumulación de capital de los años '90, en particular, en la dinámica dualizadora de la acumulación de capital. Más allá de ese punto, los intentos por sostener el proceso de satisfacción de demandas obreras y populares a través de una política fundada en la expansión de la demanda –como veremos con un creciente peso del consumo– conduce a crecientes desequilibrios. Por otro lado, la restricción externa al crecimiento –propia de una estructura dual, atrasada y dependiente– aparece como un límite infranqueable al desarrollo mismo de esa acumulación y, por lo tanto, a la aparente autonomía de la política económica respecto del capital.

Si bien las condiciones internacionales permitían cierta autonomización de lo político de las determinaciones inmediatas de la acumulación, la continuidad de la política de expansión de la demanda tendió a erosionar las condiciones de mediano plazo de la acumulación a través de la inflación, del alza de salarios, la apreciación cambiaria y el agotamiento de los superávits gemelos. A partir del año 2006 retornaron las presiones inflacionarias internas. Eran el resultado de políticas de expansión de la demanda en un contexto de acumulación capital extensiva con bajos aumentos de productividad y de un comportamiento inversor reticente, de características estructurales. En este sentido, fue particularmente importante el fuerte aumento que experimentó la fuga de capitales y la remisión de utilidades desde el año

2007. La formación de activos en el exterior del sector privado no financiero experimenta un crecimiento significativo en 2007, pasando de -2939 millones de dólares a -8872 millones de dólares en sólo un año. Pero, en 2008, la fuga llega a los 23.098 millones de dólares y se mantendrá en niveles superiores a los 10.000 millones de dólares en 2009 y 2010. La remisión de utilidades al exterior supera los 3.000 millones de dólares anuales desde 2008 y los 4.000 millones de dólares en 2010, habiendo alcanzado sus máximos anteriores en 2007 con 1.725 millones y, en 2006, con 1.020 millones de dólares. Desde 2011 el balance cambiario es negativo. En 2011, la fuga de capitales vuelve a superar los 21.000 millones de dólares y la remisión de utilidades al exterior, los 4.000 millones.¹³ Es decir, el período de despegue de la inflación coincide con el de mayor salida de divisas por fuga y remisión de utilidades al exterior. A partir de 2007, además, las presiones inflacionarias internas se combinaron con el alza del precio internacional de los alimentos disparando la inflación por encima del 20 por ciento anual. En ese contexto, la política de tipo de cambio alto competitivo cedió el lugar a una política de sostenimiento del tipo de cambio y se desarrolló una tendencia a la apreciación cambiaria. La política de expansión del gasto público fue alimentada, además, por los subsidios a las empresas de servicios públicos con sus tarifas congeladas, en un sendero de retroalimentación con el aumento de precios. Para fines de 2007 ya era visible la reducción del superávit fiscal. Sin embargo, el desfase entre política económica y necesidades de la acumulación se desarrolló plenamente más allá de 2008. A partir de ese año es visible el aumento de la relación consumo/PBI, y particularmente acusada desde 2011, una tendencia al aumento mayor del consumo público que del consumo privado y a la caída de la relación inversión/PBI y exportaciones/PBI (Cuadro 2). A su vez, entre 2008 y el primer semestre de 2013, el empleo público habría aumentado un 24% contra el 7,5% del empleo privado registrado (Capello, Grión y Valsagna, 2013).¹⁴ Esta evolución del consumo y el empleo público se desarrolló simultáneamente con la reaparición del déficit fiscal y desde 2011 de la restricción externa. Ya en 2010 reapareció el déficit primario –si se descuentan a los ingresos corrientes las rentas de la propiedad, entre las que destacan los aportes del BCRA y el resultado financiero fue negativo en 2009. Desde 2012, el déficit primario fue abierto, aun contabilizando las rentas de la propiedad.¹⁵ En 2011, la cuenta corriente volvió a ser negativa, por primera vez desde 2001.¹⁶ Llegados a este punto, al tiempo que las políticas contracíclicas fueron cada vez más importantes para explicar que la tendencia al estancamiento sustituyera la crisis abierta, la intervención misma resultaba cada vez más insostenible. De este modo, la crisis de la acumulación capitalista tendía a disolver el fundamento mismo de la intervención estatal “autónoma” y el déficit fiscal y externo presionaban por un ajuste que parecía cada vez más urgente en la medida que el Estado perdía capacidades institucionales.

5. Conclusiones

Empezamos planteando que estudiar el modo de acumulación en un país determinado suponía una doble abstracción. En primer lugar, analizar el “modo de acumulación” equivale a observar el proceso de subordinación del trabajo aislando

analíticamente el modo específicamente económico por medio del que opera, pero siempre en referencia a la totalidad de la dominación de la que constituye una abstracción, es decir, el modo específico de producción de la separación economía – política a la que pertenece. En segundo lugar, implica abstracción respecto del proceso global del que es parte y que sólo aparece refractado en el caso nacional.

A lo largo del artículo hemos intentado analizar las características y transformaciones del modo de acumulación en Argentina entre 1989 y 2015 desde la perspectiva de los modos históricos de producción de la separación –y consiguientemente de la relación– entre estado y acumulación. En realidad, no es posible operar de otro modo, ya que no existe un espacio de la acumulación preconstituido que pudiera analizarse con independencia de la separación Estado – acumulación, es a través de dicha separación que ese espacio se constituye. Las aporías de los análisis “economicistas” o “politicistas”, como los que han dominado los debates sobre el modo de acumulación en Argentina, tienen su origen en aceptar como dada dicha separación. Al mismo tiempo, hemos buscado restituir la unidad de esos procesos locales con los procesos de acumulación y reestructuración a escala mundial.

Desde una perspectiva tal, la comprensión de las transformaciones del modo de acumulación requiere del análisis de las transformaciones en las relaciones de fuerza entre las clases y de los modos de subordinación resultantes así como de las relaciones con el mercado mundial que se establecen a través de ellos. Por esa razón 1989 y 2001 constituyen momentos centrales de la explicación.

1989 condensó las contradicciones propias del proceso de reestructuración local con tendencias a la crisis en toda la periferia y el este europeo que señalaban la reconfiguración del orden capitalista mundial. Puede sintetizarse como la yuxtaposición de la doble transición que atravesaba al proceso reestructurador en Argentina (transición democrática y ofensiva neoliberal) y del escenario abierto por la crisis de la deuda de 1981/82 (Massano, 2016). Pero, sobre todo, la crisis hiperinflacionaria de 1989 fue el terreno en el que se desarrolló una acelerada y radical transformación de las relaciones de fuerza entre capital y trabajo. La ofensiva neoliberal contra el trabajo desarrollada sobre esa base tendió a una redefinición de la relación estado – acumulación que incrementó el papel de la competencia en la subordinación del trabajo. Por esa vía impulsó un proceso de reestructuración que resultó en la configuración de un nuevo modo de acumulación centrado en la exportación de productos industriales de bajo valor agregado, agroindustriales y agropecuarios. A su vez, la dependencia del ritmo de acumulación de la inversión extranjera directa y de los flujos internacionales de capital-dinero, produjo una comunidad de intereses entre capital local y transnacional, en el marco de una creciente interpenetración del capital nacional y extranjero y de una tendencia a la internacionalización de la propiedad del capital local. El resultado fue un desarrollo caracterizado por la profundización de la dependencia tecnológica; por la “dualización estructural” entre un sector moderno y competitivo (fundamentalmente exportador) y otro atrasado e impulsado a la intensificación y extensión de la jornada laboral; y por la fragilidad externa, y la dependencia de flujos financieros y de IED. Al mismo tiempo ese desarrollo dependiente fundó la unidad de las distintas fracciones de la gran burguesía, la subordinación de la burguesía media y pequeña y la frag-

mentación (debida al efecto desigual de la reestructuración capitalista) y la dualización (por la extensión y consolidación de la precarización y de la informalidad laboral) de la fuerza de trabajo.

La insurrección del 2001 representó el bloqueo a la vía deflacionaria de salida de la crisis. Pero la continuidad de la ofensiva por vía inflacionaria y el proceso posterior de recomposición de la acumulación y la dominación pusieron de manifiesto el carácter paradójico de la relación de fuerzas emergida de la crisis de 2001: suficiente para bloquear la ofensiva neoliberal pero insuficiente para impugnar de modo radical el proceso de reestructuración de los años '90. La crisis del modo de subordinación del trabajo que representó la ruptura de la convertibilidad exigía, como vía para una recomposición capitalista, una reformulación de la separación y de la relación entre estado y acumulación. El carácter de las relaciones de fuerza limitaba sus posibilidades configurándose un complejo juego de continuidades y rupturas y de contradicciones entre economía y política. Esta situación inestable encontró condiciones para su resolución en la reconfiguración de las condiciones de la acumulación a nivel mundial. El hecho fundamental fue *la reversión desde 2002 de la tendencia de un siglo al deterioro de los términos de intercambio entre los productos de la periferia y del centro del sistema mundial*. De conjunto, los cambios en las tendencias del comercio mundial desde el año 2002 otorgaron un mayor margen de maniobra a estados periféricos como el argentino. Ese margen de maniobra es el que permite comprender la redefinición de la separación estado – acumulación. Las especificidades de la acumulación de capital post convertibilidad se originan en una relación de no correspondencia entre acumulación y estado que desplazó en el tiempo la resolución de aquella relación de fuerzas paradójica alumbrada por la insurrección de 2001. Y es en el marco de esa relación que se puede comprender el modo específico en el que operaron las tendencias al desequilibrio de una acumulación de capital con fuertes rasgos de continuidad con la de los años '90. Pero la intervención del estado posibilitada por este desfase enfrentó dos límites. Por un lado, como vimos, los indicadores de evolución del empleo, de los salarios, de la distribución del ingreso y de la desigualdad encuentran un núcleo duro en la persistencia de rasgos esenciales de la acumulación de capital de los años '90, en particular, en la dinámica dualizadora de la acumulación de capital. Más allá de ese punto, los intentos por sostener el proceso de satisfacción de demandas obreras y populares a través de una política fundada en la expansión de la demanda –con un creciente peso del consumo– conduce a crecientes desequilibrios. Por otro lado, la restricción externa al crecimiento –propia de una estructura dual, atrasada y dependiente– aparece como un límite infranqueable al desarrollo mismo de esa acumulación y, por lo tanto, a la aparente autonomía de la política económica respecto del capital.

Dejamos para estas conclusiones el vínculo de la última fase del kirchnerismo con la crisis mundial de 2008 y la fase de crecimiento débil que le siguió. Por un lado, porque las tendencias locales a la crisis guardaron cierta independencia de los fenómenos mundiales. El período de estancamiento se inicia en 2011, y el impacto entre 2008 y 2009 de la crisis mundial fue moderado y de corta duración. La moderación y diferimiento de la crisis estuvo vinculado a los cambios en el comercio mundial y, en particular, al papel de China. La desaceleración china empieza más

tarde y su impacto en el precio de los exportables es recién en 2013. La reaparición de la restricción externa, entonces, guarda más relación con las tendencias al desequilibrio comercial de la economía argentina que con la crisis de 2008. Si debe tenerse en cuenta su impacto en dos aspectos de la fase de estancamiento y del período previo. En primer lugar, la remisión de utilidades y la retracción de la IED se encuentran en parte vinculadas a la crisis mundial de 2008. En segundo lugar, el estancamiento prolongado también parece encontrar una explicación parcial en la debilidad de la economía mundial. La pregunta que surge en relación a eso es ¿estamos desde 2008 frente a un proceso de reestructuración capitalista a nivel mundial, como el que caracterizó a la fase de crecimiento débil desde mediados de los años 70? Y de ser así ¿basta un ajuste de la economía argentina para relanzar la acumulación de capital de manera sostenida o se requerirá una nueva reestructuración del capital y del estado?

Recibido el 19 de abril de 2017. Aceptado el 31 de julio de 2017.

*Adrián Piva es Licenciado en Sociología (UBA) y Doctor en Ciencias Sociales (UNQ). Se desempeña como docente en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Quilmes e investigador del CONICET. Es autor de numerosos artículos y libros, entre ellos *Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista* (2012) y *Economía y política en la Argentina kirchnerista* (2015). apiva72@hotmail.com

ANEXOS

CUADRO 1 Valor Agregado Bruto (VAB) de la Industria Manufacturera sobre VAB y PBI a precios de mercado (Precios constantes y corrientes - año base 1993)

	1993	1998	2003	2012
VAB Industria Manufacturera/VAB a precios de productor (Precios constantes de 1993)	19,81%	18,78%	17,49%	17,49%
VAB Industria Manufacturera /VAB a precios de productor (Precios corrientes 1993)	19,81%	19,37%	24,04%	19,67%

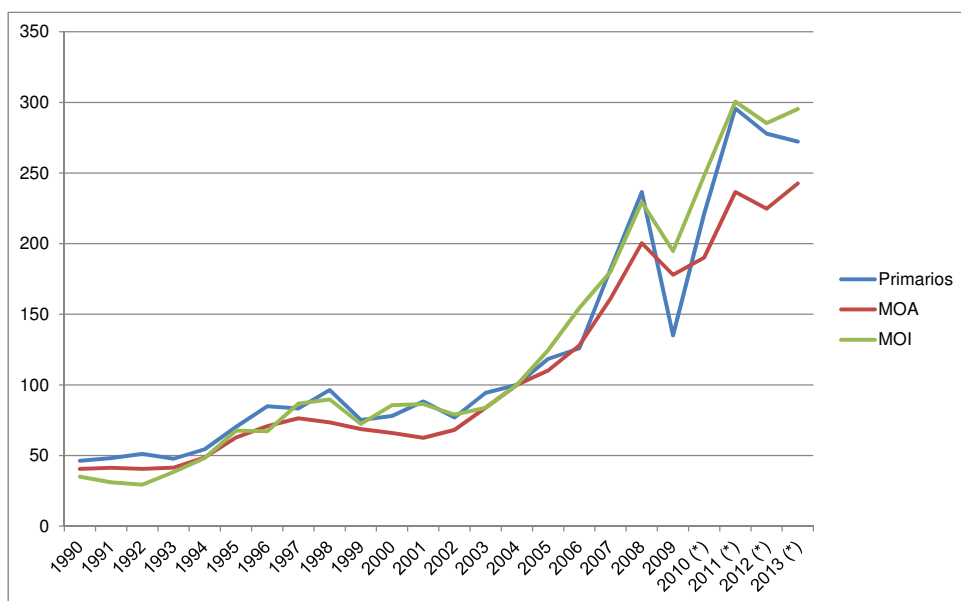
Fuente: Ministerio de Economía de la Nación

CUADRO 2 Tasas de Consumo total, público y privado, Inversión Bruta Fija y Exportaciones sobre PBI a precios constantes (2004) (2004 – 2015)

Año	Consumo privado/PBI	Consumo público/PBI	Consumo total/PBI	Inversión Bruta Fija/PBI	Exportaciones/PBI
2004	64,3	11,1	75,4	15,9	23,8
2005	63,5	11,2	74,7	16,9	24,7
2006	65,2	10,8	76	17,9	24,2
2007	65,4	10,7	76,1	19,8	24
2008	67,4	10,7	78,1	20,7	23,2
2009	67,8	12,1	79,9	17	22,4
2010	68,4	11,6	80	19,5	23,1
2011	70,6	11,4	82	21,6	22,7
2012	72,1	11,9	84	20,3	22
2013	73	12,2	85,2	20,3	20,7
2014	71,6	12,9	84,5	19,4	19,8
2015	72,4	13,4	85,8	19,7	19,2

Fuente: INDEC

GRAFICO 1 Exportaciones según grandes rubros (valor) (1990 – 2013)



Fuente: Dirección de cuentas internacionales - INDEC.

Notas

¹ Eso no excluyó versiones politicistas del ciclo *stop-go* en las que la relación de fuerzas entre las clases parece ser el fundamento último del ciclo económico, como en los casos de conceptos como los de “empate hegemónico” (Portantiero, 1977) o “péndulo político” (O’Donnell, 1977). Pero aun en estos autores, los trabajos de la primera mitad de los años ’70 (O’Donnell, 1972; Portantiero, 1973) parecen dar prioridad a la determinación económica.

² Ello supone no una reducción del tamaño del estado sino su metamorfosis, análisis queda fuera del presente trabajo.

³ Argentina se encontraba en moratoria de pagos desde abril de 1988.

⁴ Para un desarrollo y fundamentación adecuada de esta hipótesis ver Piva (2012).

⁵ Según datos de la OCDE, producto de la crisis de las puntocom, la economía de Estados Unidos creció menos del 1% entre 2001 y 2000 mientras que el conjunto de los países de la OCDE lo hizo un 1,4% tras crecer más de un 4% entre 2000 y 1999 (PBI a U\$S constantes de 2010, Fuente: OCDE *statistics*).

⁶ Para un desarrollo de las características de la que hemos denominado “hegemonía débil” y del progresivo bloqueo a la vía deflacionaria de resolución de la crisis véase Piva (2012).

⁷ Fuente: INDEC.

⁸ Ambos militantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados Anibal Verón fueron asesinados por policías de la provincia de Buenos Aires en el marco de un operativo represivo coordinado por fuerzas

federales y provinciales en uno de los principales accesos a la Capital Federal, el puente Pueyrredón.

⁹ Fuente: Fondo Monetario Internacional.

¹⁰ Fuente: Centro de Economía Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina. Tomamos los datos de 2011 porque a partir de la implementación del control de cambios en noviembre de ese año las condiciones del comercio exterior fueron excepcionales, lo que sesga las comparaciones.

¹¹ Para un análisis empírico de la evolución de las diferencias de productividad en la industria post convertibilidad véase Piva (2015), capítulo 3.

¹² Fuente: elaboración propia a partir del Índice de salarios del INDEC y el Índice de precios al consumidor CIFRA. La evolución salarial de los trabajadores estatales también muestra mayores demoras en recuperar los niveles de 2001, sin embargo, el índice de evolución salarial de los trabajadores del estado aparece sesgado por la evolución salarial de las fuerzas de seguridad que tuvieron un retraso especialmente significativo hasta los años 2012 y 2013.

¹³ Fuente: BCRA.

¹⁴ Esta tendencia habría continuado hasta 2015 pero no contamos con datos actualizados fiables de evolución comparativa de empleo público y privado.

¹⁵ Fuente: Ministerio de Finanzas de la Nación.

¹⁶ Fuente: INDEC – Dirección de cuentas internacionales.

Bibliografía

Aglietta, M. (1986), *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*, Siglo Veintiuno, México

Aglietta, M. y Berrebi, L. (2007), *Desordres dans le capitalisme mondial*, Odile Jacob, Paris.

Azcuy Ameghino, E. y Ortega, L. (2010), “Sojización y expansión de la frontera agropecuaria en el NEA y NOA: transformaciones, problemas y debates”, *Documentos del CIEA* 5, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Astarita, R. (2004), *Valor, mercado mundial y globalización*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires.

Basualdo, E. (2000a), *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del 90*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Basualdo, E. (2000a), *Acerca de la naturaleza de la deuda externa y la definición de una estrategia política*, Universidad Nacional de Quilmes – FLACSO - Página 12, Buenos Aires.

Basualdo, E. (2006b), *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Bernstein, E. (1980), *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI, México.

Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Prometeo, Buenos Aires.

Bonnet, A. y Miguez, P. (2017). “Usos y abusos del concepto de modelo económico”, en A. Bonnet y A. Piva (comps.) *Debates sobre el modo de acumulación en la post convertibilidad*, Imago mundi, Buenos Aires (en prensa).

Bowles, S. y Edwards, R. (1990), *Introducción a la economía: competencia, autoritarismo y cambio en las economías capitalistas*, Alianza, Madrid.

Boyer, R. (1989), *La teoría de la regulación: un análisis crítico*, Humanitas, Buenos Aires.

Braun, O. y Joy, L. (1981), “Un modelo de estancamiento económico—estudio de caso sobre la economía argentina”, en *Desarrollo Económico* 20 (80).

Bujarin, N. I. (1984), *La economía mundial y el imperialismo*, Siglo XXI, México.

Canitrot, A. (1975), “La experiencia populista de redistribución de ingresos”, Trabajo presentado a la X Reunión anual de la Asociación Argentina de Economía Política, 3 – 5 de noviembre de 1975, Mar del Plata.

Capello, M., Grión, N. y Valsagna, V. (2013), *Anatomía del gasto público argentino: expansión en la última década y desafíos a futuro*, en *Documentos de trabajo* 19 (135), IERAL – Fundación Mediterránea.

Diamand, M. (1972), “La estructura pro-

ductiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio”, en *Desarrollo Económico* 12 (45).

Gaggero, A. et al. (2014), *Restricción eterna: el poder económico durante el kirchnerismo*, Futuro anterior, Buenos Aires.

García, G. D. (2014), “Inversión extranjera directa y empresas extranjeras: rupturas y continuidades en Argentina, 1990-2012”. En Actas de las VII Jornadas de Economía Crítica, La Plata: Sociedad de Economía Crítica de la República Argentina.

Salvia, A. y Vera, J. (2013), “Heterogeneidad estructural y distribución de los ingresos familiares en el Gran Buenos Aires (1992 – 2010)”, en *Desarrollo Económico* 52 (207-8).

Giussani, L. A. y L'hopital, M. F. (2003), *La inversión extranjera directa en Argentina (1992-2002)*, Dirección Nacional de Cuentas Internacionales - INDEC, Buenos Aires.

Harvey, D. (2006), *The limits of capital*, Verso, Londres.

Hilferding, R. (1985), *El capital financiero*, Tecnos, Madrid.

Hirsch, J. (1992), “Fordismo y posfordismo. La crisis social actual y sus consecuencias”, en J. Hirsch et alii., *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*, Tierra del Fuego, Buenos Aires.

Hirsch, J. (1999), “Globalización del capital y la transformación de los sistemas de estado: del “estado de seguridad” al “estado nacional competitivo”, en *Cuadernos del sur* 28.

Holloway, J. (1993), “La reforma del Estado: capital global y Estado nacional”, en *Perfiles Latinoamericanos* 1.

Ianni, V. (2011), “Argentina: ¿una totalidad o una parte del todo? Las relaciones entre espacio nacional y mercado mundial”, en A. Bonnet (comp.), *El país invisible. Debates sobre la Argentina reciente*, Peña Lillo / Continente, Buenos Aires.

Jessop, B. (1990), *State theory: putting the capitalist State in its place*, Polity Press, Cambridge.

Jessop, B. (1993), “Towards a Schumpeterian workfare State? Preliminary Remarks on Post-Fordist Political Economy”, en *Studies in Political Economy* 40.

Katz, J. (2012), “Cambios estructurales y

desarrollo económico. Ciclos de creación y destrucción de capacidad productiva y tecnológica en América Latina”, en *Revista de Economía Política de Buenos Aires* 1 (1).

Kejsefman, I (2014), “Neodesarrollismo: ¿Qué hay de neo y qué de desarrollista en la Argentina de la postconvertibilidad?”. En Actas de las VII Jornadas de Economía Crítica. La Plata: Sociedad de Economía Crítica de la República Argentina.

Kosakoff, B. y Ramos, A. (2001), *Cambios contemporáneos en la estructura industrial argentina (1975 – 2000)*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

Lenin, V. I. (1974), *El imperialismo, etapa superior del capitalismo: ensayo popular*, Anteo, Buenos Aires.

Luxemburgo, R. (1968), *La acumulación de capital*, S/D, Buenos Aires.

Mandel, E. (1979), *El capitalismo tardío*, Era, México.

Mandel, E. (1980), *Las ondas largas del desarrollo capitalista: la interpretación marxista*, Siglo Veintiuno, México.

Manzaneli, P. y Schorr, M. (2013), “Oligopolio e inflación. Aproximación al proceso de formación de precios en la industria argentina en la posconvertibilidad”, en *Realidad Económica* 273.

Marx, K. (1998), *El Capital*, Siglo XXI Editores, México – Madrid.

Massano, J. P. (2016), “Inviabilidad hegemónica y yuxtaposición de crisis en la transición democrática”. En Actas de las IX Jornadas de Economía Crítica, Córdoba: Sociedad de Economía Crítica de la República Argentina.

Maurizio, R. y Beccaria, L. (2012), “Reversiones y continuidades bajo dos regímenes macroeconómicos diferentes. Mercado de trabajo e ingresos en Argentina 1990 – 2010”, en *Desarrollo Económico* 52 (206).

O'Donnell, G. (1972), *Modernización y autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires.

O'Donnell, G. (1977), “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en *Desarrollo Económico* 16 (64).

Ortiz, R. y Schorr, M. (2009), *Crisis internacional y alternativas de reindustrialización en Argentina*. Documento de investigación social 7, UNSAM, Buenos Aires.

Piva, A. (2012), *Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista*, Biblos, Buenos Aires.

Piva, A. (2015), *Economía y política en la Argentina kirchnerista*, Batalla de ideas, Buenos Aires.

Portantiero, J. C. (1973), “Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual”, en O. Braun (comp.), *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Portantiero, J. C. (1977), “Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973”, en *Revista mexicana de sociología* 2.

Prebisch, R. (1964), *Nueva política comercial para el desarrollo. Informe a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo inaugurada en Ginebra, Suiza, el 23 de marzo de 1964*, FCE, México.

Salama, P. y Vallier, J. (1992), *La economía gangrenada, ensayo sobre la hiperinflación*, Siglo Veintiuno, México-Madrid-Buenos Aires-Bogotá.

Sánchez, M. A. (2013), “La distribución funcional del ingreso hacia el interior del universo asalariado argentino (1997 – 2011)”. En Actas de las VII Jornadas de Economía Crítica. La Plata: Sociedad de Economía Crítica de la República Argentina.

Schorr, M. et al. (2012), *Elite empresaria y régimen económico en la Argentina. Las grandes firmas en la postconvertibilidad*. Documento de Trabajo 22, FLACSO - Área de economía y tecnología, Buenos Aires.

Schvarzer, J. (2000), *Implantación de un modelo económico. La experiencia Argentina entre 1975 y el 2000*, AZ Editora, Buenos Aires.

Teubal, M. (2006), “Expansión del modelo sojero en la Argentina. De la producción de alimentos a los commodities”, en *Realidad Económica* 220.

Villarreal, J. (1985), *Los hilos sociales del poder*, Siglo XXI, Buenos Aires.